



Seix Barral

Yasunari Kawabata

Mil grullas

Prólogo de Amalia Sato





Seix Barral

Yasunari Kawabata

Mil grullas

Traducción de María Martoccia

MIL GRULLAS



1

Aun cuando había alcanzado a llegar a Kamakura y al templo Engakuji, Kikuji no sabía si acudiría a la ceremonia del té. Ya llegaba tarde.

Siempre que Kurimoto Chikako oficiaba la ceremonia del té en la morada interior del Engakuji, él recibía una nota. Sin embargo, no había asistido ni siquiera una vez desde la muerte de su padre. Consideraba las notas tan solo gestos formales en memoria de su padre.

Esta vez había una posdata: ella quería que él conociera a una joven a quien le estaba dando clases para la ceremonia del té.

Mientras leía, Kikuji pensó en la mancha de nacimiento de Chikako.

¿Tenía ocho, quizá, nueve años? Su padre lo había llevado a visitar a Chikako y la habían encontrado en la sala del desayuno. Tenía el kimono abierto. Estaba cortándose el pelo de la mancha con un pequeño par de tijeras. La mancha, grande como la palma de una mano, le cubría la

mitad del pecho izquierdo y se desplazaba por el hueco entre ambos pechos. Parecía estar creciendo pelo sobre la mancha negro-morada, y Chikako estaba en el proceso de cortarlo.

—¿Trajiste al muchacho contigo?

Sorprendida, se acomodó el cuello del kimono. Luego, quizá porque apresurarse solo había complicado sus esfuerzos por cubrirse, se volvió ligeramente y, con cuidado, metió el kimono dentro del *obi*.

Su sorpresa debió de haber sido causada menos por la aparición del padre de Kikuji que por Kikuji. Puesto que una doncella los había recibido en la puerta, Chikako debía saber, por lo menos, que el padre de Kikuji había llegado.

El padre de Kikuji no entró en la sala del desayuno. En cambio, se sentó en la habitación contigua, la habitación donde Chikako daba sus lecciones.

—¿Podría tomar una taza de té? —preguntó el padre de Kikuji de manera ausente. Miró la lámpara del nicho.

En el periódico que estaba sobre su rodilla, Kikuji había visto pelos que eran como los de una barba.

Aunque había plena luz de día, las ratas correteaban por el espacio vacío del cielo raso. Había un duraznero en flor junto a la veranda.

Cuando al fin ocupó su lugar junto al brasero del té, Chikako parecía preocupada.

Unos diez días después, Kikuji había oído a su madre decirle al padre, como si fuera un secreto extraordinario, que él no podía desconocer que Chikako no se había casado a causa de la mancha de nacimiento. Había compasión en los ojos de su madre.

—Ah, ¿sí? —el padre de Kikuji cabeceó, aparentemente sorprendido—. Pero no importaría si su esposo la viese, ¿verdad? En especial, si sabía de su existencia antes de casarse...

—Eso es exactamente lo que le dije. Pero, después de todo, una mujer es una mujer. No creo que yo hubiera sido capaz de decirle a un hombre que tenía una mancha enorme en mi pecho.

—Pero ya no es joven.

—Aun así, no sería fácil. Es probable que un hombre con una mancha pueda casarse y simplemente reírse cuando se la descubren.

—¿Tú has visto esa mancha?

—No seas tonto. Claro que no.

—¿Solo hablaron de ella?

—Ella vino para mi lección y hablamos de toda clase de cosas. Supongo que sintió deseos de confesarse.

El padre de Kikuji permanecía en silencio.

—Imagina que ella estuviera por casarse. ¿Qué pensaría el hombre?

—Casi seguro sentiría rechazo. Pero puede que encontrara algo atractivo en ella, al tenerla como algo secreto. Por otra parte, el defecto puede realzar aspectos interesantes. De todas formas, no es un problema del cual valga la pena hablar.

—Le dije que no era un problema en absoluto. «Pero está sobre el pecho», dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Lo más difícil sería tener un niño que amamantar. El esposo podría tolerarlo, pero el niño...

—¿La mancha impediría que saliera la leche?

—No es eso. No, el problema sería tener al niño mirando la mancha mientras lo amamanta. Mis consideraciones no habían llegado a tanto, pero una persona que en realidad tiene una mancha piensa en esas cosas. Desde el día de su nacimiento se alimentaría allí y, desde el día en el que comenzara a ver, vería esa horrible mancha en el pecho de su madre. Su primera impresión del mundo, la primera impresión de su madre, sería esa horrible mancha, y allí quedaría esa impresión, a lo largo de toda la vida del niño.

—Ah, pero ¿no es eso inventarse preocupaciones?

—Uno podría alimentarlo con leche de vaca, supongo, o contratar a una nodriza.

—Para mí lo importante es si hay leche o no, no si hay una mancha o no.

—Me temo que no. Yo en verdad sollocé cuando lo escuché. No quisiera que nuestro hijo se amamantara de un pecho con una mancha de nacimiento.

—Ah, ¿sí?

Ante esta muestra de ingenuidad, una oleada de indignación había embargado a Kikuji, una oleada de resentimiento hacia su padre, quien podía pasarla por alto, aunque también él había visto la mancha.

Ahora, sin embargo, casi veinte años más tarde, Kikuji podía sonreír ante el recuerdo de la confusión de su padre.

Desde la época en que tenía diez años, más o menos, pensaba a menudo en las palabras de su madre y se sobresaltaba incómodo ante la idea de un medio hermano o media hermana que mamara en la mancha.

No era el simple temor a tener un hermano o hermana lejos del hogar, un extraño para él. Era más bien el

temor de ese hermano o hermana en particular. Kikuji estaba obsesionado con la idea de que un niño que mamara de ese pecho, con la mancha de nacimiento y los pelos, sería un monstruo.

Aparentemente, Chikako no había tenido hijos. Uno podía, si lo deseaba, sospechar que su padre no se lo había permitido. La asociación entre la mancha y un bebé que habría entristecido a la madre podría haber sido el ardid de su padre para convencer a Chikako de que ella no quería niños. En todo caso, Chikako no tuvo ninguno, ya fuera cuando su padre vivía o después de su muerte.

Quizá Chikako había realizado su confesión poco tiempo después de que Kikuji viera la mancha, porque temía que Kikuji hablara del asunto.

Chikako no se había casado. Entonces, ¿la mancha había regido toda su vida?

Kikuji nunca se olvidó de la mancha. A veces incluso podía imaginar que sus destinos estaban enmarañados en ella.

Cuando recibió la nota que le avisaba que ella se proponía realizar la ceremonia del té como excusa para presentarle a una joven, la mancha flotó ante él una vez más y, puesto que la presentación la realizaría Chikako, se preguntó si la joven tendría la piel perfecta, una piel libre de la más leve marca.

¿Había su padre ocasionalmente apretado la mancha con los dedos? ¿La había mordido incluso? Tales eran las fantasías de Kikuji.

Aun ahora, mientras caminaba por los jardines del templo y escuchaba el gorjeo de los pájaros, estas eran las fantasías que le venían a la mente.

Unos dos o tres años después del incidente, por alguna razón Chikako se había vuelto masculina en sus modales. Ahora era bastante asexuada.

En la ceremonia de hoy, ella trajinaría de un lado a otro con energía. Quizás el pecho con la mancha se había marchitado. Kikuji sintió que una sonrisa de alivio afloraba en sus labios. Justo entonces, dos mujeres jóvenes se apresuraron detrás de él.

Se detuvo para dejarlas pasar.

—¿Saben ustedes si la casa que ocupa la señorita Kurimoto queda en esta dirección?

—Sí, así es —respondieron al unísono.

Kikuji ya lo sabía y era evidente, por la vestimenta, que se dirigían a una ceremonia del té. Había preguntado porque quería dejar en claro para sí mismo que asistiría.

Una de las muchachas era hermosa. Llevaba un bulto envuelto en un pañuelo con un diseño blanco de mil grullas sobre un fondo rosado de crespón.

2

Cuando Kikuji llegó, las dos muchachas se estaban cambiando los *tabi*.*

Miró el cuarto desde detrás de ellas. La habitación principal era grande, unas ocho esterillas de extensión.

Aun así, las invitadas presentaban una sólida hilera de rodillas. Parecía haber solo mujeres, mujeres en brillantes kimonos.

* *Tabi*: medias cortas. [N. de t.]

Chikako lo vio de inmediato. Como si estuviera sorprendida, se puso de pie para saludarlo.

—Entra, entra. ¡Qué fortuna! Por favor, estará bien entrar desde allí —señaló la puerta corrediza en el extremo superior de la habitación, antes del nicho.

Kikuji se ruborizó. Sintió los ojos de todas las mujeres.

—Solo mujeres.

—Más temprano estuvo un caballero, pero se marchó. Tú eres el único rayo de sol fulgurante.

—Apenas fulgurante, diría.

—Oh, no te preocupes, reúnes todos los requisitos. El único rayo escarlata.

Kikuji agitó la mano para indicar que prefería una puerta menos llamativa.

La joven envolvía las medias usadas en el pañuelo con las mil grullas. Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

La antesala estaba abarrotada con cajas de dulces, utensilios para el té que había traído Chikako y bultos que pertenecían a las invitadas. En un rincón alejado, una mucama lavaba algo.

Chikako entró.

—Bueno, ¿qué piensas de ella? Una muchacha bonita, ¿no?

—¿La que tiene el pañuelo con las mil grullas?

—¿Pañuelo? ¿Qué puedo saber yo sobre pañuelos? La que estaba aquí, la bonita. Es la joven Inamura.

Kikuji asintió vagamente.

—Pañuelo. En qué cosas extrañas te fijas. Uno tiene que tener muchísimo cuidado. Pensé que habían llegado juntos. Me sentí encantada.

—¿De qué hablas?

—Se encontraron en el camino. Es una señal de unión entre ustedes. Y tu padre conocía al señor Inamura.

—¿Sí?

—La familia tenía un negocio de seda en Yokohama. Ella no sabe nada sobre lo planeado para hoy. Puedes examinarla a gusto.

La voz de Chikako no era suave y Kikuji se sentía angustiado por temor a que la oyeran a través de la puerta con paneles de papel que los separaba del grupo principal. De pronto, ella acercó su rostro al de él.

—Pero existe una complicación —bajó la voz—. La señora Ota está aquí, y su hija, con ella —estudió la expresión de Kikuji—. Yo no la invité, pero la norma es que cualquiera que se halle en el vecindario puede venir. El otro día incluso recibí a unos estadounidenses. Lo siento, pero ¿qué puedo hacer si ella huele un romance? Por supuesto, no sabe nada de ti y la muchacha Inamura.

—¿De mí y la muchacha Inamura? Pero yo...

Kikuji quería decir que no había venido preparado para un *miai*, un encuentro cuyo propósito anunciado era considerar una posible boda. Por alguna razón las palabras no salían de su boca. Sintió los músculos de la garganta ponerse rígidos.

—Pero la señora Ota es quien debería sentirse incómoda. Tú puedes simular que nada anda mal.

La manera en que Chikako desechaba el asunto lo fastidió.

Si bien la intimidad con su padre había tenido corta duración, durante el resto de la vida de su padre Chikako

había sido de utilidad en la casa. Ella había asistido para ayudar en la cocina cuando se realizaba una ceremonia del té e incluso cuando esperaban a invitados corrientes.

La idea de que la madre de Kikuji comenzara a sentir celos de la asexuada Chikako parecía algo divertido, merecedora solo de una risa irónica. No había dudas de que su madre sabía que el padre había visto la mancha, pero la tormenta ya había pasado y Chikako, como si ella también lo hubiera olvidado, se convirtió en la acompañante de su madre.

Con el correr del tiempo, Kikuji también llegó a tratarla con naturalidad. A medida que dirigía sus caprichos infantiles hacia ella, la asfixiante repugnancia de su niñez pareció desvanecerse.

Era quizás una vida apropiada para Chikako haber permanecido en lo asexuado y haberse convertido en un elemento útil.

Con la familia de Kikuji como su base, tenía un modesto éxito siendo instructora en la ceremonia del té.

Kikuji incluso sintió una leve compasión por ella cuando, con la muerte de su padre, se le ocurrió que Chikako había reprimido a la mujer dentro de ella después de ese romance breve y fugaz.

La hostilidad de la madre de Kikuji, por otra parte, estaba refrenada por la cuestión de la señora Ota.

Después de la muerte de Ota, que había sido su compañero en la actividad referida al té, el padre de Kikuji se había encargado de disponer de los utensilios de té de Ota y, de esta manera, se había acercado a la viuda.

Chikako se apresuró a informarle a la madre de Kikuji.

Chikako, por supuesto, se convirtió en la aliada de su madre. Una aliada por cierto demasiado empeñosa. Acechaba al padre y con frecuencia amenazaba a la señora Ota. Sus latentes celos personales parecieron estallar.

La introspectiva y tranquila madre de Kikuji, desconcertada por esa fogosa intervención, se preocupó por aquello que la gente pudiera pensar.

Aun delante de Kikuji, Chikako regañaba con vehemencia a la señora Ota y, cuando su madre daba señales de desagrado, Chikako decía que a Kikuji no le haría daño escuchar.

—Y la vez anterior también, cuando fui para poner las cosas en claro, allí estaba la niña, escuchándolo todo. Imagínese, ¿no es cierto que oí de repente un lloriqueo en la habitación contigua?

—¿Una niña? —La madre de Kikuji frunció el ceño.

—Sí. Once años, creo que dijo la señora Ota. Realmente, algo no funciona bien con esa mujer. Yo pensé que regañaría a la niña por estar escuchando a escondidas y lo que hizo fue levantarse y traerla y sentarse abrazándola, bien frente a mí. Supongo que necesitaba una actriz que la acompañara con los sollozos.

—Pero ¿no crees que es un poco triste para la niña?

—Es por eso que deberíamos utilizar a la niña para vengarnos de ella. La niña sabe todo. Aunque debo decir que es una niña bonita. Un pequeño rostro redondo. —Chikako miró a Kikuji—. Y si organizamos para que Kikuji hable con su padre...

—Intenta no derramar demasiado el veneno, si no te importa. —Hasta la madre de Kikuji tuvo que protestar.

—Tú mantienes el condenado veneno dentro de ti, ese es el problema. Recóbrate, lánzalo de una vez. Mira lo delgada que estás, y ella toda regordeta y resplandeciente. Hay algo en ella que realmente no funciona: cree que si solloza de manera suficientemente patética, todo el mundo comprenderá. Y allí mismo, en la habitación en la que ella recibe al señor Mitani, tu marido, tiene en exhibición un cuadro de su propio marido. Me sorprende que el señor Mitani no le haya hablado del asunto.

Y, después de la muerte del padre de Kikuji, la misma señora Ota apareció en la ceremonia del té de Chikako e incluso con su hija.

Kikuji tuvo la sensación de que algo frío lo tocaba.

Chikako dijo que no había invitado a la señora Ota ese día. Aun así era asombroso: las dos mujeres se habían estado viendo desde la muerte de su padre. Quizás inclusive la hija estuviera recibiendo lecciones para la ceremonia del té.

—Si te molesta, puedo pedirle que se marche. —Chikako lo miró a los ojos.

—Para mí, es lo mismo. Por supuesto, si ella quiere marcharse...

—Si fuera una persona que tomara en cuenta ese tipo de cosas, no les hubiera causado tanta infelicidad a tu padre y a tu madre.

—¿La hija está con ella? —Kikuji nunca había visto a la hija.

Le parecía mal conocer a la muchacha de las mil grullas antes que a la señora Ota. Y sentía aún más rechazo ante la idea de conocer a la hija ese día.

Pero la voz de Chikako le rasgó los oídos y crispó sus nervios.

—Bueno, sabrá que estoy aquí. No puedo huir ahora.
—Se puso de pie.

Él entró por la puerta junto al nicho y ocupó un lugar en el extremo superior de la habitación.

Chikako lo siguió muy de cerca.

—Él es el señor Mitani. El hijo del anciano señor Mitani. —Su tono de voz era formal en extremo.

Kikuji hizo una reverencia y, mientras levantaba la cabeza, tuvo una clara visión de la hija. Algo turbado, en un principio no había distinguido a una dama de la otra en medio de la brillante correntada de kimonos. Ahora veía que la señora Ota estaba justo frente a él.

—Kikuji —era la señora Ota. Su voz, que se podía oír en toda la habitación, era francamente cariñosa—. Hace tanto tiempo que no te escribo. Y hace tanto tiempo que no te veo. —Le dio un tirón a la manga de su hija, instándola a que se apresurara con los saludos. La hija se ruborizó y miró el piso.

Para Kikuji esto era, por cierto, extraño. No podía detectar la más leve sugerencia de hostilidad en el comportamiento de la señora Ota. Ella parecía totalmente cordial, tierna, rendida de placer ante el inesperado encuentro. Uno solo podía concluir que desconocía por completo su lugar en la reunión.

La hija se sentó ceremoniosamente, con la cabeza inclinada.

Al fin, al percibirlo, la señora Ota también se ruborizó. Sin embargo, continuó mirando a Kikuji como si quisiera correr a su lado o como si hubiera cosas que debía decirle.

—Entonces, estás estudiando para la ceremonia del té, ¿no?

—No sé nada en absoluto al respecto.

—¿De verdad? Pero lo llevas en la sangre. —Las emociones que sentía parecían ser demasiado para ella. Tenía los ojos húmedos.

Kikuji no la veía desde el funeral de su padre. Apenas había cambiado en esos cuatro años.

El cuello blanco, un poco largo, era como siempre había sido, y los hombros regordetes combinaban de una manera extraña con el cuello esbelto: tenía una figura joven para sus años. La boca y la nariz eran pequeñas en proporción a los ojos. La pequeña nariz, si uno se molestaba en observar, estaba modelada con nitidez y era sumamente atractiva. Cuando hablaba, su labio superior sobresalía un poco hacia adelante, como si estuviera haciendo pucheros.

La hija había heredado el cuello largo y los hombros regordetes. Sin embargo, su boca era más grande y la mantenía apretadamente cerrada. Había algo casi divertido en los delgados labios de la madre junto a los de su hija.

La tristeza empañaba los ojos de la muchacha, más oscuros que los de la madre.

Chikako removió las brasas del brasero.

—Señorita Inamura, haga té para el señor Mitani. No creo que le haya tocado todavía.

La muchacha de las mil grullas se puso de pie.

Kikuji la había observado junto a la señora Ota. Sin embargo, había evitado mirarla una vez que vio a la señora Ota y a su hija.

Chikako, por supuesto, estaba exhibiendo a la muchacha para que él la inspeccionara.

Una vez que ocupó su lugar junto al brasero, se volvió a Chikako.

—¿Qué tazón usaré?

—Déjame ver. El Oribe* sería apropiado —respondió Chikako—. Perteneció al padre del señor Mitani. Le tenía mucho cariño y me lo regaló.

Kikuji recordó el tazón de té que Chikako había colocado frente a la muchacha. En verdad había pertenecido a su padre, y su padre lo había recibido de la señora Ota.

¿Y qué respecto de la señora Ota, que en la ceremonia de hoy veía un tazón que había sido atesorado por su difunto esposo y había pasado del padre de Kikuji a Chikako?

Kikuji se sentía consternado ante la falta de tacto de Chikako.

Pero uno no podía evitar concluir que también la señora Ota había mostrado cierta falta de tacto.

Aquí, preparando té para él, claramente al margen de las enconadas historias de las mujeres de edad madura, la joven Inamura le pareció hermosa.

* Oribe: porcelana Seto del siglo XVI. [N. de t.]